





LOS COBARDES
NO SABEN BEBER DESPACIO



Alberto Martín-Aragón

LOS COBARDES
NO SABEN BEBER
DESPACIO



Primera edición: noviembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Martín-Aragón

ISBN: 978-84-17548-78-0

ISBN digital: 978-84-17548-79-7

Depósito legal: M-36057-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Julia



Edipo: Y nadie, sino yo, es quien ha lanzado
sobre mí mismo tales maldiciones.
Mancillo el lecho del muerto con mis manos,
precisamente con las que le maté.
¿No soy yo, en verdad, un canalla?
¿No soy yo un completo impuro?

Edipo Rey, Sófocles





I





1

ES hora de cenar, pero esta noche no tengo apetito. Y es raro: apenas me he perdido una cena durante mis treinta y seis años de vida. El miedo al futuro, si te acecha regularmente, puede ayudarte a perder peso. También puede provocar el efecto contrario: algunos se hacen comilones y bebedores porque la incertidumbre les aterra y les embrutece. Afuera está el invierno sobando Madrid con lenta lascivia. Dicen que nevará esta madrugada, pero qué me importa ahora la nieve. Ni siquiera de niño las nevadas me parecieron fenómenos interesantes. En el colegio me tachaban a veces de perturbado por decir cosas como *«hay que ser un imbécil para hacer bolas de nieve y arrojárselas a otro imbécil que juega a la misma idiotez»*.

Es hora de cenar, pero nadie ha preparado pitanza alguna en este pequeño piso de la calle Limón, cerca de Plaza de España, porque aquí estamos viviendo momentos difíciles. Hay en el mundo millones de varones acartonados en el sopor de una mediocre borrachera, y ahora yo soy uno de ellos. Mis sobacos, creo, huelen a taquilla de vestuario masculino, si bien llevo años sin oler una taquilla de vestuario masculino y desconozco exactamente si ese olor ha perdido o ha ganado intensidad. Lo cierto es que hace dos días que el agua de la ducha no me lame esta piel lechosa y prosaica. Y esta cocina me pone nervioso a pesar de oler a sobras de chocolate helvético. A decir verdad, todo este piso me saca de quicio. Una botella de whisky segoviano reposa sobre el lavaplatos. Está casi vacía porque su contenido bulle ahora dentro de mí. Amiga bote-

lla, no puedes hacerte una idea de lo que sufre un imbécil que se niega a asumir su condición de imbécil.

Esperanza Caldero me mira con una indignación maternal que me estimularía sexualmente si no fuera porque ya empiezo a estar acostumbrado a presenciársela. Esperanza Caldero es mi mujer desde hace poco más de un año. Así lo dicen un certificado de matrimonio y el libro de familia. Metida en una ceñida bata de seda estampada de mapaches, los pies cobijados en unas vanidosas babuchas adquiridas en Marrakech, los negros ojos enrojecidos por la lectura de novelas feministas escritas por hombres, Esperanza está sentada de lado en una silla con el respaldo bailón. Es una silla que no parece estar orgullosa de ser silla. En este piso las sillas te miran con rencor.

No sé por qué, pero ahora se me ocurre reflexionar en voz alta acerca de lo insignificante que me siento frente a los millones de azares y destinos que burbujan en la llamada sociedad líquida. No sé por qué, pero seguidamente propino una bofetada al aire de la cocina. Casi me caigo al suelo. No sé por qué, pero derramo un par de lágrimas. Estamos rodeados de azulejos enfermos y agrietados. El cadáver de una mosca pegado al techo intensifica mi desazón y me induce a hacer el siguiente comentario:

—Cariño, creo que me he quedado sin energías para llegar a mañana. Debo ser honesto y admitir que he sido vencido por las fuerzas oscuras del mundo contemporáneo.

Esperanza arqueó una de sus escuetas cejas y me dijo con una furia pausada:

—Ahora me importa una mierda tu sensación de insignificancia. Necesito el coche, Alejandro. Lo necesito de una puta vez.

—¿Y qué quieres que haga? —alcé los hombros y usé una voz falsamente apática—. Si no pagas al taller, no te dan el coche. Así ha sido siempre. Los mecánicos siguen empeñándose en cobrar por arreglar coches. La gente es así de hijaputa.

—No me tomes el pelo, joder. Hablo en serio. Necesito el coche para ir a trabajar.

—¿Y no comprendes que la reparación cuesta mil euros? Yo no dispongo ahora mismo de esa cantidad.

—¿Y qué has hecho con lo que te da tu tío mensualmente? ¿Te lo has bebido todo?

—¿Hace falta que te recuerde a qué se dedica esa puta ayuda?

—No te vayas ahora por las ramas.

—Me iré por las ramas. Escucha atentamente, cariño. Una parte de la asignación se destina a pagar a la niñera y el alquiler de este raquítico pero céntrico piso. Y lo que sobra va a tus delicadas manos para que te lo pulas en tiendas antes del primer domingo de mes. Estamos solo a doce de enero y todo parece indicar que ya estamos pelados.

—¿Me estás acusando de manirrota? Creo que no te haces cargo de mi problema. Si no tengo coche, llego cansada al trabajo, y si llego cansada al curro, no rindo lo suficiente, y si no rindo lo suficiente, me quedo sin empleo, y yo soy la única que trabaja aquí.

—Sí, un gran trabajo. Recepcionista en un espantoso hotel pegado al puto aeropuerto.

—Un trabajo muy digno, capullo. Eso es mejor que ser un novelista inédito. Yo me gano la vida y tengo un sueldo.

—Pues ya que tienes un sueldo, paga tú la reparación del jodido cochecito. A fin de cuentas, tú eres la que utiliza ese trasto.

—Ya sabes que mi sueldo no se toca. Lo estoy destinando a un fondo que irá a nuestro hijo para cuando sea mayor de edad.

—Qué gran madre eres.

—No seas gilipollas. Quiero que mañana me traigas el coche. No me importa lo que hagas. No me importa que te arrodilles ante el jefe del garaje y le llores hasta que se compadezca de ti. Solo quiero nuestra mierda de coche.

—Oye, creo que lo estás pasando realmente mal. No es habitual verte perder los nervios de esta forma.

—También tengo derecho a comportarme como una energúmena.

—Nada que objetar, pero no pienso ir a por el coche hasta que tenga todo el dinero. No soy bueno en lo de mendigar favores.

—Pues entonces habrá que pedir más pasta a tu tío.

—Ni hablar.

—Tu tío está forrado y nosotros somos unos putos piernas. Creo que tienes derecho a estrujarle un poco más.

—No quiero que me hables ahora de ese señor. Si mentas el nombre de Jacinto Barriga, podría sufrir un infarto.

—Deja de vacilarme, payaso. Ahora mismo te vas a ver a tu tío y le dices que necesitamos un pequeño préstamo porque nos hallamos en un momento crítico.

Experimento una fuerte ira y trato de reprimirla, y casi lo logro de no ser porque varios recuerdos fastidiosos me arañan la puntita del ego. Un vaso con un dedo de whisky es víctima de mi cólera. El vaso vuela fulgurante, se fragmenta contra una pared y varios pedazos de vidrio salen disparados en diferentes direcciones.

Cristalitos susurrando sobre el suelo.

Risas burlonas y sarcásticas de Esperanza.

Bonito espectáculo que podría haberme tranquilizado, pero no lo ha hecho. No puedo borrar de mi memoria las miradas desdeñosas y sermonarias que me lanza mi tío cuando se transforma en un meliflúo juez que desacredita a los menos afortunados del casino laboral.

—Ya te has desahogado, animal. Ahora haz tu trabajo y vete a hablar con tu tío. Yo recogeré esta mierda.

Agarré a Esperanza por las muñecas y denigré la figura de mi tío con descalificativos poco originales (bastardo, cerdo, hipócrita arrogante), pateando el suelo, pup, pup. Esperanza no se asustó. Esperanza no se asustaba casi nunca. Se había criado en un barrio infestado de borrachos con propensión al abuso sexual.

Cuando me cansé de proferir insultos contra el hermano de mi padre, solté a Esperanza, me senté en una banquetta realizada en haya y traté de comportarme como una persona que, tras presenciar mucha violencia, está comprometido definitivamente con la paz y con el desarme. Esperanza aprovechó ese efímero lapso de relativa calma para examinar con disgusto sus manos: el frío y los nervios las habían tornado ásperas.

No quería que se desanimase por el estado transitorio de sus hermosas manos, de manera que le dije algo que me parecía vital:

—Mi tío me desprecia y yo le desprecio. Habrá que mendigar en otra parte, querida.

—No hay otra parte, Alejandro. Y tu tío no te desprecia. Te quiere, subnormal, pero te quiere a su manera.

—¿Por qué no vas tú a pedirle limosna? Es posible que al viejo le guste acostarse otra vez contigo.

—Si vuelves a sacar ese tema, quemó este piso.

—Hazlo, pero contigo dentro.

—Ya veo que eres un radiante cretino y que no es realista exigirte un comentario noble en un momento de tensión máxima.

—Por el amor de Dios, no seas tan pedante. Hablas como un puñetero personaje sacado de una novelucha de Jacinto Barriga.

—¿Y qué tiene eso de malo, cabronazo? Me gustan las novelas de tu tío. Sus personajes hablan con propiedad y educación.

—No lo entiendo. Mi tío es un escritor relamido y afectado. Tú no eres así. Tú eres una mujer del pueblo, una mujer trabajadora a la que le gusta gemir y proferir sugestivos tacos cuando folla.

—Por eso me gustan las novelas de tu tío. Son un antídoto contra mi vulgaridad. Cuando las leo, tengo la impresión de que puedo ser una persona educada, con clase, con estilo, no la desgraciada que me ha tocado ser.

—No eres ninguna desgraciada. Cientos de hombres en esta ciudad se hacen pajas a estas horas pensando en tu anatomía prodigiosa. Además, tú no necesitas tener clase. Si fueras una persona con clase, perderías todo tu encanto y tendría que dejarte.

—Pues déjame ya, soplapollas. Estoy hasta los pezones de tus machadas.

—Te recuerdo que estoy borracho y que soy un hombre con el orgullo herido.

—Te denunciaré en cuanto me roces. O te mataré, hijo de la gran puta.

—Te recuerdo que jamás he pegado a una mujer.

—No esperes que te felicite por ello. Es tu obligación no agredir a las tías.

—¿Por qué me odias tan repentinamente?

—No te odio. Pero tengo derecho a que mi marido se comporte como un hombre adulto y responsable y que aporte algo de dinero a esta familia.

—Eso no parece muy feminista.

—No soy feminista. Me la sudan las feministas. Yo no necesito apuntarme a esa cosa para proteger mi coño. Pero, aunque lo fuera, seguiría pensando que un hombre que no contribuye al sostenimiento de un hogar es un hombre sin atributos.

—Nunca pude acabarme ese libro. Don Roberto Musil era en el fondo un pelma.

—No me jodas con tus bromitas de intelectual aficionado.

—Esperanza, no me quites la poca fe que tengo en mi ego.

—Deja de vacilarme, coño. Ahora mismo hay cosas más importantes que la fe en nuestro ego. Necesitamos dinero. Tenemos un bebé.

—Te agradezco la información.

—Me parece mentira haber sido madre, pero es cierto.

—¿Te arrepientes ahora?

—No me aturdas con preguntas estúpidas que solo sirven para que me confunda más.

—Ya veo que te arrepientes.

—No seas pesado.

—¿Te arrepientes?

Esperanza suspira, me hace una peineta, se levanta y se adentra en el pasillo que conduce a los dormitorios. Marcelito, el bebé, ha empezado a llorar. Nuestras voces y gritos le han debido de arrancar del sueño. Pobrecito. Ahora estará agitándose en su cuna, feo, colorado, frágil, exigente. Todo bebé es una demanda tierna y nerviosa de dinero inmediato.

2

TELEFONEÉ a mi tío un par de veces, pero mi tío no respondió a las llamadas. Me puse un viejo abrigo, testigo de miles de francachelas tristes y sórdidas, y salí a la calle murmurando las blasfemias más brutales que había aprendido durante mi adolescencia. Empezaba a helar. Rostros escépticos y apáticos. Aceras en claroscuro masajeadas por flacos haces de luz caídos de farolas leprosas. Y un gato muerto yace en medio de la calle. Todo el aspecto de un canalla atropello. Si la vida me fuera mejor, me acercaría hasta el cadáver del felino y lo recogería del asfalto, pero me he vuelto bastante mezquino.

La casa de mi dichoso tío se halla en una zona de chalets de apariencia próspera y cortés, chalets que albergan a oportunistas con relativo éxito y chalets que también sirven de refugio a fracasados anónimos que han sabido sacar partido a rentas y herencias. Es un paseo de una media hora desde mi actual ubicación. Aunque no tengo ganas de caminar y voy a pasar un poco de frío, caminaré. Descarto completamente la opción de coger el autobús o el metro porque esos medios de transporte me resultan hostiles cuando me he tomado alguna copa de más. Suelo hablar solo y esa tendencia no despierta la admiración de casi ningún usuario del transporte público. La sociedad se defiende como puede de quienes no saben fingir la normalidad vigente.

Eché una ojeada a mi reloj de muñeca y el reloj me miró con la paciencia futurista de las maquinas. Las diez y cinco de la noche. No es muy tarde. ¿Y a qué obedece este aroma repentino a carne

quemada que flota entre estos árboles tísicos? ¿Acaso alguien está preparando una barbacoa?

Hay tiempo para una cerveza. Es indispensable que gane confianza en mí mismo después de haberla perdido con ese whisky segoviano. O será que ya la había perdido antes del whisky segoviano y quizá por esa razón recurrí al whisky segoviano.

Me apresuré a refugiarme, más metafísica que físicamente, en el *Melbourne*, un curioso y excéntrico bar regentado y atendido por un tal Isidro Machado. Necesitaba algo de alcohol para pulir mis estrategias de súplica. Isidro me dio las buenas noches con un entusiasmo bobalicón. Esta es tu casa, campeón. Se te ve apurado pero este sitio te proporcionará una paz casi tibetana. Sin que yo le hiciera indicación alguna, Isidro me sirvió una hermosa y musculosa jarra de cerveza.

Como éramos las únicas personas que había en el bar y a mí no me apetecía hacerme el mudo, confesé a Isidro mi problema con el dinero y la necesidad de sablear a mi tío más de mil euros. Confesado el principal motivo de mi salida nocturna, me bebí lo servido. Esta cerveza está asquerosa, pero es lo que necesito.

Isidro me endosó varios consejos con una voz que contenía una nota de paródica solemnidad. Y añadió:

—Ten valor, colega. Ahora es cuando hay que sacar lo mejor de uno mismo.

—Isidro, ese tipo de comentarios me incita a la comisión de delitos. Si no piensas algo más original, diré algo que podrá herirte.

—Cada uno ayuda como puede.

—Sí, tienes razón.

—Bebe un poco más, Alejandro. No me gustas cuando estás sobrio: eres poco amable.

—No quiero emborracharme.

—Has entrado borracho. Ahora tienes que beber para desemborracharte.

—Te burlas de mí, Isidro.

—Te aprecio mucho.

—No se nota.

—Deberías irte de este país. Necesitas aires nuevos, Alejandro.

¿Me dejas que me entrometa en tu vida?

—Hazlo, pero no te pases.

—Tu mujer no te quiere.

—Ya me lo has dicho.

—Se acuesta con otros.

—Lo sé, pero solo me la chupa a mí.

—¿No te he dicho todavía que es hora de que dejes de engañarte? Vais a la deriva. Esperanza te ha robado la esperanza y la poca confianza que tenías en ti mismo, y ahora eres un puñetero fantasma sin sentido del humor. Perdona mi sinceridad, pero te aprecio.

—Tú no me aprecias, capullo. Tú solo quieres hacer daño. Se te ve en la cara. Eres el típico menda que abre un bar para descolocar los egos del paisanaje.

—Si piensas eso de mí, te rogaría que no volvieras. Me duele que razones así. Yo te aprecio de verdad, Alejandro. Me habría gustado tenerte como hermano o, al menos, como primo.

—Eres un idiota de campeonato, australiano.

—No piensas lo que dices.

—Perdona. Ando de los nervios.

—Lo sé, por eso voy a hacerme el sordo esta vez.

—Otra cerveza.

—Aquí tienes: otra jarra.

—Voy a decirle a mi tío que es un cabrón.

—No es aconsejable todavía. Necesitas su dinero.

—¿Y qué pasa con mi honor?

—Guárdalo en tu barriga por una temporada. Ahora sé práctico como un anglosajón.

—Qué sabrás tú de los anglosajones.

—Más que tú.

—Sí, no vuelvas a recordarme que Australia te abrió los ojos.

—Conozco a gente en Australia que podría ayudarte a encontrar un trabajo acorde con tus capacidades intelectuales y creativas.

Allí rejuvenecerías.

—Me voy. Te crees un tío muy listo y viajado.

—No te enfades, hombre. Solo quiero que no te tomes a la tremenda tu vida. Ni tú ni yo somos tan importantes.

—Eso no me tranquiliza.

—Porque todavía no has asumido tu insignificancia en el universo.

—Y tú sí, ¿verdad?

—Al menos lo intento. Bertrand Russell tiene un libro que ayuda a entender esa idea.

—¿Y a ti quién te manda leer *La conquista de la felicidad*?

—Me lo recomendó una novia que tuve en Melbourne.

—Otra vez Australia. Hay que joderse.

—Si no hubiera sido por las mujeres de ese país, yo no habría abierto un libro en mi vida.

—Estoy empezando a pensar que tienes varias novelas inéditas metidas en un cajón.

—Qué más quisiera yo. Una vez empecé a escribir una novela, pero cuando llevaba siete páginas, leí una entrevista en la que un novelista famoso aseguraba que la novela había muerto. Entonces me dije: «¿Quién soy yo para intentar resucitarla? Que lo hagan los que la han matado».

—Muy perspicaz.

—No lo sé. Solo sé que no pretendo hacer nada en la vida que exceda mis capacidades físicas y mentales.

—Oye, no sabía que fueras una persona tan reflexiva.

—Cuando se vive tanto tiempo detrás de la barra de un bar sin demasiada clientela, o eres un borracho o un pensador, o ambas cosas.

—¿Tan mal va el negocio?

—La gente ya no bebe como antes. Ahora la gente quiere vivir muchos años. Y no sé muy bien por qué. Tener un hígado sano no te garantiza llegar a la vejez. Hace dos días leí en un periódico que un político ecologista que presumía de ser abstemio falleció tras beber agua contaminada en un país de economía emergente.

—Sí, yo también lo leí. Pero tampoco hay que sacar conclusiones precipitadas e injustas. La mayoría de los abstemios que hay en el mundo no son tan gilipollas como ese ecologista.

—¿Qué piensas del ecologismo?

—Creo que es positivo porque quiero creer que los ecologistas dicen más verdades que mentiras.

—¿Y qué opinas de los animalistas?

—Necesitaría una semana para darte una respuesta que no fuera reduccionista.

—Yo no sé qué pensar. Alguna de esa gente parece odiar a la humanidad.

—¿Y qué tiene de malo, Isidro? La humanidad es despreciable. Si desapareciera, el planeta saldría beneficiado.

—Hablas como uno de esos fanáticos. Parece que esté de moda odiar al ser humano e idolatrar a cualquier bicho en peligro de extinción.

—Isidro, todos somos fanáticos potenciales.

—Y todos somos santos potenciales.

—¿Tú quieres ser santo?

—Yo quiero ser legal.

—La triste aspiración de un don nadie.

—Sí, soy un don nadie, pero lo reconozco. No como tú. Tú sigues pensando que eres un Wagner por descubrir.

—Tú no sabes lo que yo pienso, cojones. Tú no lo sabes. De manera que cierra esa puta boca cuando te apetezca hablar por hablar —grité enfurecido, y arrojé la jarra de cerveza contra la estantería de botellas y aquello fue un caos de cristales rotos. Di media vuelta y, antes de salir del bar, oí la voz de Isidro.

—No quiero volver a verte por aquí, hijo de la gran puta. Casi me das en la cabeza. Estás loco, loco. Este bar no es un bar español. Este es un bar civilizado y aquí la violencia está completamente prohibida. Aquí se bebe como gente de diálogo y consenso. Que te aguante la puta de tu mujer. Yo quiero vivir en paz. ¿Te enteras, mamón?

Me enteré. Claro que me enteré. El muy infeliz había dicho que no quería volver a verme. Yo tampoco deseaba volver a verle, pero quizá al día siguiente no me importaría volver a verle. Hay hombres que cambian tan fácilmente de opinión que no atesoran la voluntad necesaria para odiar durante mucho tiempo. Yo creo que siempre he sido un tipo de esa clase. Y yo creo que en esos precisos momentos era un tipo que estaba perdiendo la clase. Si es que había gozado alguna vez de eso que se llama clase.